

Metamorfosis

Esta obra se benefició del apoyo de
los Programas de Ayuda a la Publicación
del Institut Français.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra.

Título original: *Métamorphoses*

En cubierta: © Interfoto/Alamy Stock Photo

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Éditions Payot & Rivages, Paris, 2020

© De la traducción, Pablo Ariel Ires.

Cedida por Editorial Cactus, S. A, 2021

© Ediciones Siruela, S. A., 2021

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-18859-05-2

Depósito legal: M-22.197-2021

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Emanuele Coccia

METAMORFOSIS

La fascinante continuidad de la vida

Traducción del francés de
Pablo Ariel Ires

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 121 (Serie Mayor)

Índice

Introducción	13
I Nacimientos	23
II Capullos	57
III Reencarnaciones	103
IV Migraciones	137
V Asociaciones	171
Conclusión	191
<i>Bibliografía</i>	201
<i>Agradecimientos</i>	211

*A Colette,
reina de las metamorfosis*

«Soy todo porque solo soy una corriente de vida sin ninguna falla; soy inmortal porque todas las muertes confluyen en mí, desde la del pez de hace un instante hasta la de Zeus, y reunidas en mí vuelven a ser una vida, ya no individual y determinada, sino pánica y, por lo tanto, libre».

GIUSEPPE TOMASI DI LAMPEDUSA

INTRODUCCIÓN

La continuidad de la vida

En el comienzo éramos todas y todos el mismo viviente. Hemos compartido el mismo cuerpo y la misma experiencia. Las cosas no han cambiado tanto desde entonces. Hemos multiplicado las formas y las maneras de existir, pero todavía hoy somos la misma vida. Desde hace millones de años, esta vida se transmite de cuerpo en cuerpo, de individuo en individuos, de especie en especies, de reino en reino. Desde luego, esta se desplaza, se transforma. Pero la vida de cualquier ser vivo no comienza con su propio nacimiento: es mucho más antigua.

Consideremos nuestra existencia. Nuestra vida, lo que imaginamos como lo que hay de más íntimo e incomunicable en nosotros, no viene de nosotros, no tiene nada de exclusivo ni de personal: nos fue transmitida por otro u otra, animó otros cuerpos, otras parcelas de materia distinta a la que nos alberga. Durante nueve meses, la inapropiabilidad e inasignabilidad de la vida que nos anima y nos despierta han sido una evidencia física, material. Fuimos el mismo cuerpo, los mismos humores, los mismos átomos que nuestra madre. Somos esa vida, que comparte el cuerpo de otra, prolongada y dirigida a otra parte.

El aliento de otra se prolonga en el nuestro, la sangre de otra circula en nuestras venas, el ADN que otra nos dio

esculpe y cincela nuestro cuerpo. Si nuestra vida comienza mucho antes de nuestro nacimiento, también se termina mucho después de nuestra muerte. Nuestro aliento no se agota en nuestro cadáver: alimentará a todos los otros y las otras que encuentren en él una Cena sagrada.

Nuestra humanidad tampoco es un producto originario y autónomo. También es la prolongación y la metamorfosis de una vida anterior. Para ser más precisos, es una invención que algunos primates —otra forma de vida— supieron extraer de su propio cuerpo —de su aliento, de su ADN, de su manera de vivir— para hacer existir de otra manera la vida que los habitaba y los animaba. Son ellas y ellos los que nos transmitieron esta forma —y los que a través de la forma humana continúan viviendo en nosotros—. Los primates mismos, de hecho, también son una experimentación, una apuesta lanzada por otras especies, por otras formas de vida. La evolución es una mascarada que se despliega en el tiempo y no en el espacio; que permite a cualquier especie, de era en era, portar una máscara nueva en relación con la especie que la engendró, y a las hijas e hijos, no dejarse reconocer por sus padres, ni reconocerlos ya más a ellos. Y, sin embargo, a pesar de ese cambio de máscara, las especies-madres y las especies-hijas son una metamorfosis de la misma vida. Cada especie es un mosaico de pedazos sacados de otras especies. Nosotros, las especies vivientes, jamás hemos dejado de intercambiar piezas, líneas, órganos, y lo que cada uno de nosotros es, lo que llamamos «especie», es solo el conjunto de las técnicas que cada ser vivo tomó prestado de los otros. A causa de esta continuidad en la transformación, toda especie comparte con centenares de otras una infinidad de rasgos. El

hecho de tener ojos, orejas, pulmones, una nariz y sangre caliente lo compartimos con millones de otros individuos, con miles de otras especies —y en todas esas formas somos humanos solo de una manera parcial—. Cada especie es la metamorfosis de todas las que la precedieron: una misma vida que se improvisa en un cuerpo nuevo y una forma nueva con el fin de existir de manera diferente.

Este es el sentido más profundo de la teoría darwiniana de la evolución, aquella que la biología y el discurso público no quieren oír: las especies no son sustancias, no son entidades reales. Son «juegos de vida» (en el mismo sentido en que para el discurso se habla de «juegos de lenguaje»), configuraciones inestables y, por ende, efímeras de una vida que ama transitar y circular de una forma a otra. Todavía no hemos extraído todas las consecuencias de la intuición darwiniana: afirmar que las especies están vinculadas por una relación genealógica no solo significa que los vivientes constituyen una gran familia o un clan. Significa, sobre todo, establecer que la identidad de cada especie es, en puridad, relativa: si los monos son los padres, y los hombres los hijos, solo somos humanos por los monos y de cara a ellos, así como cada uno de nosotros no es hija o hijo en sentido absoluto, sino tan solo en relación con su madre y su padre. La identidad de cualquier especie define en exclusiva la fórmula de la continuidad —y de la metamorfosis— con respecto a las otras especies.

Estas consideraciones se aplican también al conjunto de los vivientes. No hay ninguna oposición entre lo viviente y lo no-viviente. Todo viviente está en continuidad no solamente con lo no-viviente, sino que también es su prolongación, su metamorfosis, su expresión más extrema.

La vida es siempre la reencarnación de lo no-viviente, el bricolaje del mineral, el carnaval de la sustancia telúrica de un planeta —Gaia, la Tierra— que no cesa de multiplicar sus rostros y sus modos de ser hasta en la última partícula de su cuerpo dispar, heteróclito. Cada yo es un vehículo para la Tierra, un navío que permite que el planeta viaje sin desplazarse.